

Isaías 35:1-10

Sermón Isaías 35:1-10 Adviento 3, 2007 Sant. 5:7-10; Mt. 11:2-11

Se alegrarán el desierto y el erial; la estepa se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, el esplendor del Dios nuestro. ¡Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles! Decid a los de corazón apocado: «¡Esforzaos, no temáis! He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá y os salvará». Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y destapados los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo, porque aguas serán cavadas en el desierto y torrentes en la estepa. El lugar seco se convertirá en estanque y el sequedal en manaderos de aguas. La guarida de los chacales, donde ellos se refugian, será lugar de cañas y juncos. Y habrá allí calzada y camino, el cual será llamado Camino de Santidad. No pasará por allí ningún impuro, sino que él mismo estará con ellos. El que ande por este camino, por torpe que sea, no se extraviará. No habrá allí león, ni fieras subirán por él ni allí se encontrarán, para que caminen los redimidos. Y los redimidos por Jehová volverán a Sión con alegría; y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas. Tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido. Is 35.1-10

Hay un lugar, un poco al norte de Lima, Lomas de Lachay, en donde en el verano todo es seco y sin vida. Cualquiera que lo viera creería que casi nada sobreviviría allí; parece ser sólo otro arenal. Pero en el otoño y el invierno de la costa se visten los cerros de flores de todos colores; todo tiene una vista completamente diferente, alegre, gozosa, llena de vida.

Isaías en nuestro texto nos pinta un cuadro similar. Presenta una tierra seca llenándose de agua y flores. Presenta una tierra sin vida llenándose de gozo abundante. ¿Por qué el cambio? ¡Viene el Señor! Con hermosas imágenes, Isaías nos pinta el gozo que la iglesia tiene y tendrá por la venida de Cristo. Nos revela que **la venida de Cristo trae hermosura y gozo**. 1) Viene a un mundo desierto. 2) Viene para redimir.

La tierra que Isaías retrata ha sido desierta. Usa términos como “desierto”, “erial”, “estepa”. Con esto nos da una figura de lo que es la situación espiritual del mundo entero sin Cristo. Pablo en el libro de Efesios nos describe la situación desértica de cada ser humano cuando entra en este mundo. “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro

tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef 2.1-3). Muertos, cautivos del diablo, destinados a la condenación. Así fue la situación del mundo entero y de cada uno de nosotros.

Isaías también menciona los grandes enemigos que ponen en peligro a todo aquel que viajara por los desiertos de Palestina, los leones y las fieras. Con eso indica los grandes enemigos que han amenazado a todos nosotros, que Lutero resumió tan bien con los términos “el diablo, el mundo, y nuestra propia carne pecaminosa”. La verdad es, que sin Cristo estábamos totalmente indefensos frente a estos enemigos. Nos tenían esclavizados, de modo que estábamos sujetos sólo al juicio y la condenación divina. La muerte reinaba por todas partes. Aun lo más noble y sublime de las creaciones humanas no podían resistir el soplo de la ira divina.

Pero aquí Isaías nos pinta un cuadro totalmente cambiado. En donde todo era desierto y seco, donde no había vida, donde nadie podía encontrar un camino seguro, vemos plantas y flores, ríos y manantiales, todo lleno de vida y alegría. ¿Cómo se produce el cambio? Llegó Cristo. A este mundo de muerte y destrucción, a este desierto espiritual, llega Cristo para redimirlo. Y vendrá otra vez en gloria, para librar a los suyos de todo lo que les aflige.

Cristo viene para redimir. Nos dice Pablo: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gál 4.4,5). Es el Hijo de Dios que vino en carne humana, nacido de una mujer, de la virgen María, para cargar con los pecados que nosotros y toda la humanidad habíamos cometido. Llevó una vida de perfecta obediencia a Dios, lo mismo que Dios había exigido de nosotros y que nosotros no habíamos hecho. Aunque nació sin pecado, y por tanto no estaba sujeto a la muerte por su propia persona, nació para morir, para dar su vida en rescate por todos. Es lo que hizo en su cruz, cuando sufrió todo lo que nosotros con nuestros pecados habíamos merecido, el dolor, el abandono de parte de Dios, la muerte y el infierno.

Pero todo esto lo hizo para librar a nosotros de este castigo, y más bien ofrecernos vida y salvación mediante el perdón de los pecados que su muerte ganó por nosotros. Así que, los que éramos como un desierto sin vida, ahora, por el anuncio de la

gracia y el perdón de Dios en Jesucristo, podemos regocijarnos y encontrar consuelo en nuestro Redentor. Se ha pagado el precio, somos un pueblo redimido, un pueblo salvo de la ira y de todos nuestros enemigos. Aun Satanás mismo ya no puede acusarnos, cuando el Cristo que nació y vivió y murió por nosotros nos declara absueltos y es nuestro abogado ante su Padre celestial.

Así que Isaías puede retratar la verdadera condición de la iglesia como la de una tierra fértil, donde abundan las aguas, la vegetación y las flores. Mediante su palabra del evangelio, Cristo toma a personas que estaban muertas, como el desierto, y las hace vivir y florecer. “Se alegrarán el desierto y el erial; la estepa se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón”. Como los montes del Líbano, cubiertos de los majestuosos cedros siempre verdes, como el monte Carmelo, el más hermoso monte en el norte de Israel, como la fértil llanura de Sarón, así será la iglesia de los redimidos, restaurados a la vida mediante el anuncio de la victoria de Jesucristo y su perdón.

“Ellos verán la gloria de Jehová, el esplendor del Dios nuestro”. Dios es glorioso en su creación. Vemos la gloria del atardecer o el amanecer, el brillo de Huascarán en un día soleado en la sierra, los miles de estrellas con que se viste el cielo. Y glorificamos al Creador de todo aquello. Pero aun todo eso no es nada comparado a la gloria de la redención de los pecadores, que Dios mismo tomara forma humana para rescatar a los mismos que se habían rebelado contra él y lo habían rechazado, para reconciliarse con ellos y declararles la paz mediante Jesucristo. La salvación del hombre pecador en verdad es la obra más gloriosa de un Dios de gloria.

Y esta gloriosa salvación, la vida de la muerte; es la realidad que Isaías retrata con la descripción: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y destapados los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo, porque aguas serán cavadas en el desierto y torrentes en la estepa. El lugar seco se convertirá en estanque y el sequedal en manaderos de aguas. La guarida de los chacales, donde ellos se refugian, será lugar de cañas y juncos”. Personas que espiritualmente estaban ciegos llegan a ver la salvación de Dios que se les anuncia en el evangelio. Oídos que estaban dispuestos a escuchar todo menos el mensaje divino, ahora tienen los oídos abiertos para escuchar que Cristo les anuncia: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. La persona que no podía caminar, ahora salta de alegría con las fuerzas de la nueva vida que Dios despierta en los suyos por medio del evangelio. El que antes no reconoció a su Salvador, ahora se le abren sus labios y

su lengua canta las alabanzas de su Redentor. Verdaderamente es un cambio asombroso que se retrata aquí. Realmente es comparable a la repentina aparición de ríos y manantiales en lo que había sido un desierto seco y sin vida.

No es que este bendito estado de la cristiandad sea siempre evidente en la vida concreta de la iglesia. Seguimos rodeados por el mundo incrédulo. Falsos hermanos invaden la iglesia visible y corrompen la doctrina sana y salvadora. Los cristianos muchas veces parecen sufrir mucho más que los incrédulos. Así que fácilmente podemos olvidar la grandeza de lo que Dios ha hecho por nosotros y podemos cansarnos y fatigarnos.

Nuestro texto, frente a esto, nos recuerda usar la palabra de las promesas de Dios también para fortalecer unos a otros en la fe. “¡Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles! Decid a los de corazón apocado: «¡Esforzaos, no temáis! He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá y os salvará».” Las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia de Jesucristo. Aunque antes de la segunda venida de Cristo las cosas serán tan malos que si fuera posible, aun los elegidos serían engañados, sabemos que no será posible, sino que mediante las fieles promesas de Dios recobramos nuevo aliento y nuevas fuerzas para seguir en el camino de Dios, firmes en la fe.

El camino Isaías lo llama en nuestro texto, el camino de santidad. “Y habrá allí calzada y camino, el cual será llamado Camino de Santidad. No pasará por allí ningún impuro, sino que él mismo estará con ellos. El que ande por este camino, por torpe que sea, no se extraviará”. Cada miembro de la Santa Iglesia Cristiana ante Dios es completamente santo, porque la misma santidad de Jesucristo se le ha atribuido. Por la fe somos justificados, declarados completamente justos y sin pecado por Dios mismo. Todo el que cree tiene este veredicto como su posesión personal y es un miembro de este pueblo redimido que anda en el camino hacia el Sión celestial. Aun la persona más sencilla y torpe por naturaleza, cuando sencillamente basa su fe en las seguras promesas de Dios, no puede perderse en este camino. El que comenzó en nosotros la buena obra de salvación la completará en el día de Jesucristo. De hecho, mediante su palabra, él mismo nos acompaña y nos guía para que no nos extraviemos.

Ahora todo esto es el caso con nosotros, pero lo tenemos por fe, no por vista. Aun ahora no tenemos por qué desanimarnos por las dificultades en el camino, sabiendo lo seguro de nuestro destino, pues depende de la obra completada de Jesucristo y las seguras promesas de Dios.

Pero llegará también el día cuando veamos la gloria y la abundancia de gozo que Cristo ha ganado para nosotros. Esto ocurrirá en el día cuando él venga otra vez. Ya no habrá enemigos. Ya no habrá sufrimiento. Así como San Juan nos dice en Apocalipsis que en la consumación “Dios enjugará toda lágrima de sus ojos” de los creyentes glorificados en el cielo, así Isaías también nos declara aquí que llegará el día cuando nada puede perturbar nuestra perfecta paz en la presencia de nuestro Salvador: “No habrá allí león, ni fieras subirán por él ni allí se encontrarán, para que caminen los redimidos. Y los redimidos por Jehová volverán a Sión con alegría; y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas. Tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido”. “Huirán la tristeza y el gemido”. No pueden coexistir con el gozo y la paz perfecta que tendremos con Cristo cuando él nos lleve a nuestro destino eterno. Llévanos allí, Señor, llévanos allí. Amén.